

Tres aspectos de Indalecio Ojanguren

POR JUAN SAN MARTIN

I.—Ojanguren fotógrafo.

Ojanguren es muy conocido para los lectores como fotógrafo y como montañero, pero muy pocos serán los que le conozcan en la medida en que ha desarrollado dichas actividades. Este trabajo va con el deseo de plasmar algunos detalles de su vida.

Nació en Eibar, el 15 de noviembre de 1887. El nombre de Indalecio le viene de su padrino Indalecio Sarasqueta, el gran pelotari, más conocido por Chiquito de Eibar.

Lleva más de medio siglo de actividad fotográfico. Pero su primera profesión, aunque parezca algo extraño, fue de armero especialista en montajes de movimientos de disparadores de pistola.

Gran aficionado a la fotografía, hizo de su afición profesión. Por eso la popularidad de Ojanguren se deba indudablemente a la fotografía.

Su dinamismo, capacidad extraordinaria para el trabajo y su temperamento intuitivo de coleccionista, hicieron que con perseverante y recia actitud en el transcurso de la vida, recorriendo miles de kilómetros a pie, fuera acumulando en su archivo paisajes, cumbres, caseríos, escudos, iglesias, ermitas, ayuntamientos, tipos populares, personalidades, costumbres, escenas, monumentos, etc., del país en general. En sus ficheros se recoge medio siglo de testimonios gráficos.

Ha colaborado en importantes revistas y periódicos de España y del extranjero, llevando consoladores mensajes patrios por diversos continentes a los que sufren la nostalgia de la tierra nativa. Y, en ocasiones, como recordaba aquel habitante de la Argentina, para añorar conmovedoramente el recuerdo de sus antepasados, cuando no para arrancar lágrimas a los expatriados.

Inmenso ha sido el tesón con que Indalecio año tras año, con férrea constancia supo enriquecer sus archivos, cuando otros consideraban como empresa ruinosa. Digo ruinosa, porque el acumular un archivo de la amplitud que él posee, estamos seguros que no le aportaría para cubrir los cuantiosos gastos ocasionados.

El nos deja algo transcendental: su archivo de inmenso valor documental. Que en su género artístico, falklórico, heráldico e histórico es único en el país.

Solamente entre vistas, casas, escudos, iglesias, ayuntamientos, etc., de la provincia de Guipúzcoa posee más de 3.500 negativos. Entre los años 1914 y 1916 recorrió toda la provincia, captando con su objetivo todos los ayuntamientos,



«Naparrua», magnífica fotografía captada por Indalecio Ojanguren.

parroquias, vistas generales de cada pueblo, sus alcaldes, etc., para el *Album gráfico descriptivo de Guipúzcoa* que publicó Picabea. Con la misma finalidad trabajó toda Vizcaya durante los años 1918 y 1919, cuyo material, en su mayoría, permanece inédito. En sus archivos figuran más de 2.600 negativos de Vizcaya y más de 1.000 de Alava y Navarra.

En 1926, con motivo del Cuarto Congreso de Estudios Vascos, celebrado en Vitoria, le concedieron el primer premio de reportajes. También el Centro de Atracción y Turismo de San Sebastián, hace unos años le premió por su colección de escudos heráldicos.

Todo libro importante del País Vasco que vaya con ilustraciones fotográficas, en general, lleva la huella de Ojanguren; empezando por la *Geografía del País Vasco-Navarro*, de Carreras Candi o *Euskalerriaren Yakintza*, de Azkue, hasta el *Catálogo de Monumentos de Vizcaya*, de Ybarra.

Al mismo Pío Baroja le era familiar el nombre de Ojanguren e insinuó personalmente a «Ediciones Destino», de Barcelona, la petición de fotografías para su obra *El País Vasco*. Y los que conocemos algo de su extensa colección, estamos acostumbrados a ver constantemente, en las publicaciones, fotografías cuyas carentes de firma.

Su labor, por cierto, oscura, no ha sido debidamente reconocida. El, sin vacilar, lo mismo ha fotografiado pabellanes industriales, promociones de la Escuela de Armería de Eibar, los productos de la industria, que maquinaria moderna, y cuando sus fotografías hablen a los hombres de mañana, cuando muestren la lucha de la evolución industrial que sus predecesores sostuvieron, entonces quizás le admiren más. Y tal vez más cuando mediten sobre la vida independiente del fotógrafo en comparación a la de aquellos otros que vivieron sujetos a la máquina y para la máquina.

Ahora es dueño de un archivo documental que a medida que pasan los años irá recobrando un valor incalculable. La que este hombre sin dobleces ha logrado con interés particular, hoy es de interés general. Y sólo pedimos que las Corporaciones oficiales le presten el interés que se merece.

II.—Ojanguren anecdótico. Su castizo humor eibarrés.

Nuestro hombre ha sido ocurrente y anecdótico. Cualidad muy eibarresa, y sobre todo muy placentina, de cuya esencia se alimentaron los eibarreses. Unos cuantos sucedidos nos bastarán para hacernos cargo de esa peculiaridad de Ojanguren. Que a la vez caracteriza al castizo humor eibarrés.

Pero, además, ha sido Ojanguren amigo y alentador de artistas. Contribuyó impulsando al escultor Carlos Elguezua y animó la vuelta a la pintura de Jacinto Olave. Asimismo, presionó sobre el municipio eibarrés para erigirle un monumento a Ignacio Zuloaga, a quien se debe en gran parte se llevara a feliz término.

Era yo un muchacho cuando ayudaba a los de la Comisión de Montaña del Club Deportivo de Eibar en el registro de partes de montaña, y llegó a mis manos una participación de ascensión al monte Urko (de 791 m.) en una mañana de día laborable; venía firmado por Ojanguren, y en el preciso momento se personaba él en el local social. Le dije: «Veo que entre semana ha subido usted al Urko». Respondió él: «Pues sí. Tenía que desplazarme a Ermua y de paso subí al monte Urko».

Cuando el llorado caricaturista eibarrés, Horacio Sarasqueta retrató a Ojanguren con el hábil trazo de su lápiz, hizo un pie no menos habilidoso, que rezaba: «Por aquí pasamos todos». En efecto, la memoria gráfica de todo eibarrés, de pro y de no pro, se conserva en los negativos de Indalecio, si no es en bautizo, primera comunión o boda, será en fotografía de carnet, en procesión de Semana Santa o el día de carnaval. De él nadie nos hemos librado. Igualmente se recogen en sus archivos, con el más elevado concepto democrático, las visitas de personalidades, deportistas y tipos populares.

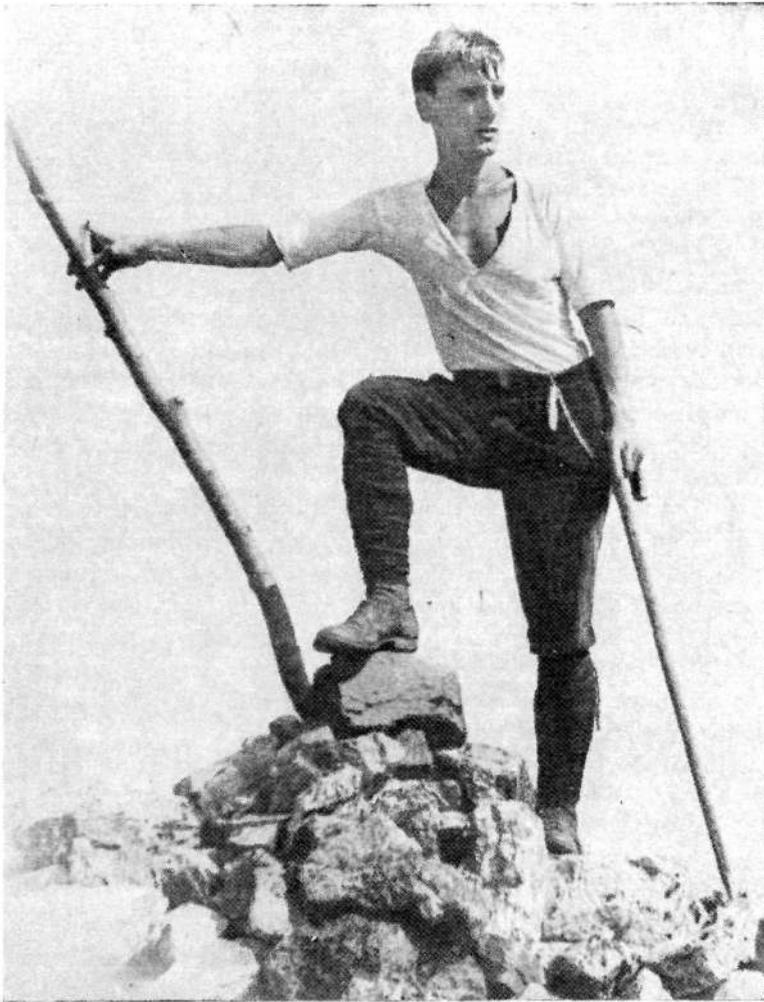
Y no digamos de feas y guapas. Pues en una ocasión le encontré dándole explicaciones por lo que no tenía remedio posible por su parte. Una señorita no muy agraciada, al recoger unas fotografías suyas le decía a nuestro hombre: «Qué fea me ha sacado». A lo que respondió: «No es defecto fotográfico. Ahí no hay trampa».

En sus frecuentes viajes por Vizcaya, fotografiando iglesias, casas-torres y cuanto de interés artístico se le presentaba, observó que en algunos sitios le precedía otro señor que también se dedicaba a sacar fotografías a temas análo-

gos. Por ciertas características que le iban describiendo los lugareños formó en su imaginación la contextura física del señor aquel, único caso durante su larga carrera de fotógrafo, que otro señor también se dedicara a fotografiar los mismos motivos que él. Un buen día se presentó en su estudio un señor por quien Ojanguren dijo para sí: «He aquí mi contrincante». Y acertó. Era el mismo. Nada menos que don Javier de Ybarra que trabajaba en su obra *Catálogo de Monumentos de Vizcaya*. Pues también a él le informaban de Ojanguren que le precedía en la mayoría de los lugares que visitaba. El contacto fue feliz para ambos. Al mostrarle el archivo, don Javier le dijo admirado: «Es increíble la labor que usted ha hecho». A lo que respondió Ojanguren: «¡Ay, don Javier, cuánto trabajaría yo, si no tuviera que trabajar!». Esta frase paradójica expresa la laborsidad de Ojanguren.

Entre otros, el Marqués de Tola de Gaytán, versado en materia heráldica,

Indalecio Ojanguren en la cima de Mandoegui (Goizueta, Navarra)
el año 1925.



le encargó numerosas reproducciones de escudos. Enterado un socarrón eibarrés, le dijo: «¿Cómo es que tú tratas con marqueses?». Y le respondió: «No soy yo quien trata con ellos. Son ellos los que tratan conmigo».

En cierta ocasión, hace bastantes años, se enteró que Monseñor Aramburu, obispo venido de China, presidiría una procesión en Aránzazu y presto se desplazó Ojanguren para aprovechar la oportunidad que se le presentaba de conseguir otro negativo de los que él llama «ejemplar extra» (en vascuence de boca de Ojanguren «ale takua»). Pero antes tenía que ascender a alguna montaña puntuable para el concurso y se fue a una de las altas cumbres del Aizkorri. De regreso a media tarde, se encontró con que la procesión se dirigía de vuelta a la basílica; y como no le daba tiempo para preparar, poniéndose en frente de los ceremoniosos competentes de la procesión que encabezaba dicho obispo, con el brazo en alto, mandó parar y se dispuso a sacar fotografías, hasta desde encima de un coche turismo y desde el cual él ordenó que continuaran.

Pero la cosa no quedó ahí. Cuando el doctor Vidaur —en tiempos del grupo de los montañeros «Vetustos»— marchó de misionero a China, de quien Ojanguren conservaba fotografías de excursiones. Al notificar la prensa que en tierras de oriente fue recibido por Monseñor Aramburu, Indalecio preparó una composición con los negativos de ambos y a los pocos días vio la luz en la prensa: «Doctor Vidaur recibido por Monseñor Aramburu en China. Foto Ojanguren». No había otro remedio, ya que aún no se conocía la televisión. Figuraban, el primero con bastón y en traje deportivo, y el segundo de gala con mitra y báculo.

III.—Ojanguren Montañero. Ocho veces centenario en cuarenta años consecutivos.

Ojanguren, como montañero, es una institución. Buen andarín y constante en la práctica y en el transcurso del tiempo.

La vocación de coleccionar paisajes, caseríos, ermitas, etc., arrastró a Ojanguren, en 1924, en los albores del montañismo deportivo de nuestro país, a recorrer las cumbres con un doble sentido, o nunca mejor empleado: doble objetivo; donde se confunden el objetivo y la objetividad. Y fue desde la temprana edad, con sus fotografías de montaña, uno de los paladines propagandísticos de este noble deporte.

Con idéntico afán al de las fotografías, coleccionó las ascensiones, desde las montañas más modestas de las cuatro provincias hasta las cumbres más elevadas de los Pirineos, Picos de Europa, Sierra Nevada, etc

En un lugar preferente de su estudio se lee: «Las puertas de la montaña me abren una vida nueva, que no tendrá fin para mí, sino en la cumbre de aquella montaña de la que no se vuelve nunca», Ruskin. Tal vez pensamiento extraño para el profano; no así para el aficionado a frecuentar las alturas. Menos para Ojanguren, quien ha realizado concursos de montaña durante cuarenta años consecutivos.

Es siete veces finalista del concurso de cien montes distintos. Dio la palabra de no hacer más y efectuó otro centenario extraoficialmente para colmar a los que se extrañaban de tantas ascensiones.

El primer concurso lo terminó el 9 de febrero de 1926, en la cumbre de Gene-



Duranguesado desde Mugarra. Fotografía obtenida por Indalecio Ojanguren en 1925.

kogorta. Sólo le acompañó Antonio Bandrés, a la sazón presidente de la Federación Vasca de Alpinismo, para darle el espaldarazo oficial. Como nota curiosa, coincidió en la cima el novillero bilbaíno Enrique Bartolomé, que hacía su excursión de ejercicio físico y por tal suerte pudo hacer fotógrafo de fotógrafo para lograr la imagen de ambos. Pues aún no se conocía más disparo automático que el bastante engorroso y poco seguro que en ocasiones empleaba Ojanguren estirando a un hilo que para tal efecto empalmaba a la cámara.

En 1943, Angel de Sopena le impuso en Elgueta la Medalla del Mérito Montañero en su categoría regional; y en 1946, en la cumbre del Aizkorri, la Medalla del Mérito Deportivo de Montaña, plateada, por la Federación Española de Montañismo, en su categoría nacional.

Ha sido varias veces presidente de la sección de montaña y de la junta directiva del Club Deportivo Eibar, donde ahora le nombran presidente honorario.

En 1953, al terminar su quinto concurso de cien montañas, dicho Club le homenajeó de una manera muy simpática y original al organizar en su honor un concurso de fotografías de montaña de categoría nacional, celebrado con gran éxito.

Numerosas veces ha recorrido a pie los caminos de nuestro país, hasta el punto de que no hay manera de que pase inadvertido en sus correrías, ante el asombro de sus compañeros —y ello cuando los lleva, porque este señor de las alturas casi siempre ha andado en solitario— en los caseríos más apartados de los pueblos más extraños es conocido y saludado por su nombre. Raro será el rincón de las tres provincias y norte de Navarra que no sea reconocido. Y cuando tal ocurre, no será porque acuda por vez primera. Como aquella vez en unos

caseríos de Aramayona (Alava), que después de charlar un rato con los lugareños y en el cual salió a relucir el nombre de Eibar, díjole una anciana que hace muchísimos años visitó aquel lugar el fotógrafo Ojanguren que también era de Eibar. Cual no sería el asombro de la viejecita cuando nuestro fotógrafo se dio a conocer, diciendo que era él. Entonces, ella le insinuó: «Baña, su ez zara izango aintziñako Ojanguren; zu, aren semeren bat izango zara». (Fero, no será usted aque Ojanguren de antaño; usted será algún hijo de aquél).

Un día llegó a la redacción de «La Voz de España» un paquetito azul, procedente de Zafra. Eran unas gafas que fueron encontradas en la sierra de Guadarrama y simplemente por poner «Eibar» en su funda, se hizo el envío a dicha redacción a nombre de Ojanguren. En la creencia de que no podía ser otra persona el que hollara por allí, y acertaron. Tres semanas antes las había perdido en aquella sierra.

Así ha sido Ojanguren que con su apodo de «El Fotógrafo Aguila» ha volado de valle en valle y de cumbre en cumbre, perseguido por la sombra del Quijote, que a pesar de su ingeniosidad eibarresa ha sido y sigue siendo un ejemplar raro en esta villa industrial, donde la inmensa mayoría de sus habitantes no saben ver otra cosa que no sea el fin utilitario.

Lo más loable en él es esa constancia titánica, que, obstinado en una actitud aparentemente insignificante, forjó su propia personalidad, llevándole a la posesión de un archivo documental único en el país. Lo cual es digno de encomio.

Sus compañeros del Club que le admiran, el pasado día 24 de abril, con motivo de la imposición de medallas a los finalistas de montaña en Arrate, celebraron diversos actos para tributarle un merecido homenaje, y le hicieron la entrega oficial del diploma de Presidente Honorario del Club Deportivo de Eibar. ¡Enhorabuena Ojanguren!